MI SECRETARIO Y YO

COMEDIA EN UN ACTO

POR

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS

Esta comedia ha sido aprobada para su representacion por la Junta de censura de los Teatros del Reino en 6 de Mayo de 1849

M. P. D.

MADRID
IMPRENTA DE POLICARPO LOPEZ
Cava-baja, núm. 19, bajo
Junio 1877

PERSONAJES	ACTORES
La Condesa.....	Doña Matilde Díez.
Don Fabricio.....	Don Julián Romea.
Quiteria.....	Doña Jerónima Llorente.
Don Eugenio.....	Don Florencio Romea.

La escena es en una quinta á las inmediaciones de Madrid

Esta composicion pertenece á la Galería Dramática que compre
de los teatros moderno, antiguo, español y extranjero, y es prop
dad de su editor *D. Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ar
la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma,
que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro
reino, ó en los liceos y demás sociedades sostenidas por suscrici
de los socios, con arreglo á la ley de propiedad intelectual de 10
Enero de 1879 y publicada en la *Gaceta* del 12 del propio mes y a

ACTO UNICO

Sala baja con puerta en el foro, que da á un pasillo en cuya pared frontera hay una verja que conduce á un jardin.—Habrá un piano y una mesa con escribanía.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA

LA CONDESA y QUITERIA

QUITER. Digo que aquí se pasa
muy mal. Si está resuelta
la venta de la casa,
¿por qué no damos á Madrid la vuelta?
Ya empieza á ser muy cruda
la estacion, y por cierto
que una condesa viuda
no está bien en este árido desierto.
Viudita que aun no peina
los veinticinco Mayos,
no, cual merece, reina
reducida su corte á los lacayos.
Y á mí tambien, señora,
aunque quizá descubre
mi frente pecadora
que perdido mi Abril, llegó mi Octubre,
á mí tambien me gusta
el mundo y su bullicio.
La soledad me asusta.
La vida sin Madrid es un suplicio;
que si de otros placeres

720916

priva la suerte airada
á las pobres mujeres
que lloran su hermosura jubilada,
allí hay feria y bureo,
y ruido y tremolina,
y circo y coliseo,
y *Polvos de la madre Celestina*.

COND. Pronto será, lo espero,
de otro dueño esta hacienda;
pronto la haré dinero,
ya que al fin es forzoso que la venda;
que el señor don Fabricio,
aunque hombre de bufete,
por hacerme un servicio
cuanto por ella pido me promete.
Dará en oro el importe,
y mañana temprano
vendrá desde la corte
á extender la escritura un escribano.

QUITER. ¡Vea usté un millonario
que peca de modesto,
y cualquier perdulario,
si medra tanto así, se hace indigesto!
Ni le deslumbra el lujo,
ni el oro le envanece,
y aunque es algo cartujo,
tiene un alma tan noble...

COND. Así parece.
Si deshacerme siento
de una quinta tan bella,
á fe, no me arrepiento
del hospedaje que le doy en ella.

QUITER. ¿Cierto? Pues á mi juicio,
ó me engaña la pinta,
ó el señor don Fabricio...

COND. ¿Qué?

QUITER. Gusta más de usted que de la quinta.

COND. Tal vez... por un capricho...
Mas no me ha dicho nada.

QUITER. Su lengua no lo ha dicho,
pero ¡suele hablar tanto una mirada!
COND. No entiendo yo el dialecto
de los ojos.
QUITER. Lo dudo.
COND. Ni me hacen mucho efecto
los guiños de un amante sordo-mudo.
QUITER. ¿Cómo quiere usted que hable,
si teme? Así son todos.
¡Mírele usted afable,
y hablará el pobrecito... por los codos!
COND. O no prendió de recio
esa amorosa llama,
ó es amante muy necio
quien no arrostra el desvío de su dama.
QUITER. Preámbulos á un lado.
El ama con delirio,
y á mí me ha confesado
que es usted la ocasion de su martirio.
COND. ¿De veras?
QUITER. (Y no digo
que me ha dado una onza,
y á servirle me obligo,
y más lista andaré que una peonza.)
¿Qué veo? ¿Cómo ahora
se queda usted suspensa?
¡Buen ánimo, señora!
Tanto amor bien merece recompensa.
COND. Mas...
QUITER. Ya en ese semblante
leo yo, buena alhaja,
que no es el comerciante
á los ojos de usted saco de paja.
COND. Tiene gentil presencia.
QUITER. ¡Oh!...
COND. No me desagrada.
QUITER. ¡Famosa conveniencia!
COND. Cierto.—Y mi casa está muy atrasada.
Pero mi ilustre cuna...

QUITER. ¡Ay, ay!... Los pergaminos
sin bienes de fortuna
no valen en el dia dos cominos.
COND. Lo pensaré, Quiteria.
¿Ha de ser puñalada
de pícaro? ¡Es materia
que debo consultar con la almohada!
Primero es que el adusto
silencio ese hombre venza.
QUITER. Le vencerá...
COND. No es justo
que yo vaya á quitarle la vergüenza.
QUITER. Pero usted me promete,
si es cierto como creo
que él...
COND. Voy al gabinete,
Quiteria, que tengo hoy mucho correo.
(Váse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II

QUITERIA

QUITER. ¡Escrúpulos todavía,
cuando la idolatra un jóven
millonario como Creso
y gallardo como Adonis!
¡Oh juventud, juventud
temeraria! No conoces
que las horas tienen alas,
y las peregrinas dotes
de hermosura y gentileza
se agostan como las flores!
¡Dígalo yo, que perdí
más de cuatro proporciones
en mis años juveniles,
que en paz descansen, y hoy, ¡pobre
de mí!, ningun desdichado
me pide para consorte!

¡Ay! El último requiebro
que oí fué en Alba de Tormes,
en el año del Señor
mil ochocientos catorce.
¡A la madre de la actual
Condesa servia entonces,
y no creí que durante
dos largas generaciones
me habria de resignar
á ser doncella *in utroque!*
Pero no desconfiemos.
Tengo bien provisto el cofre,
y amén de algunas alhajas,
como sortijas, relojes
y demás, en un bolsillo
guardo trescientos doblones.
Si don Fabricio se casa
con mi ama, está en el órden
que ambos me den en albricias
un razonable alboroque,
y aumentando de esta suerte
mi trapillo, cuando conste
que, si enamorado no,
puedo mantener á un hombre,
no ha de faltarme un jayan
que cargue con mis jamones.
Yo me quitaré la máscara,
y haré que en letras de molde
saque el *Diario de Avisos*
este anuncio: «*A mis lectores:*
«Doña Quiteria Carranque,
soltera, de estado noble,
de edad provecta y salud
á prueba de sabañones,
ofrece su blanca mano
y dos mil duros de dote
á quien mejor le parezca
entre sus licitadores.
Tiene personas de crédito

que darán buenos informes,
y en la calle del Barquillo,
casa de Tócame-Roque,
estará de manifiesto
el pliego de condiciones.»

ESCENA III

QUITERIA y DON FABRICIO

FABR. Quiteria, impaciente salgo
á ver si alguna noticia
me da usted... ¿Está propicia
la amable Condesa? ¿Hay algo?
QUITER. Ya la hablé....
FABR. ¿De mi negocio?
¿Puedo ya cantar victoria?
¿Puedo aspirar á la gloria
de que me llame su socio?
QUITER. ¡Despacio, y la voz más baja!
Ya sabe que usted la adora...
FABR. Sí, señora; ¡oh! sí, señora;
más que á mi libro de caja.
¿Y qué ha dicho la Condesa?
¿Me vitupera ó me ensalza?
¿Están mis fondos en alza,
ó se malogra la empresa?
QUITER. Lo oyó con cara de risa.
FABR. Ya, sí; con risa burlona.
¡Me desprecia, me abandona,
me pierde, me decomisa!
QUITER. No; con risa de alegría.
FABR. ¡De veras! ¡Oh Dios!...
QUITER. No miento.
FABR. Ya valgo un veinte por ciento
más de lo que ayer valia.
QUITER. Ahora falta que de hinojos,
si no lo tiene por mengua,
confirme usted con la lengua

lo que la han dicho los ojos.
FABR. Es tanto lo que me cuesta...
QUITER. De ese silencio se pica.
FABR. Pero...
QUITER. Y si usted no se explica
se quedará sin respuesta.
FABR. ¿Y qué hago yo? ¿Qué la digo?
Soy yo muy torpe; es muy bella...
QUITER. ¡Eh! ¡Tan cazurro con ella
y tan parlanchin conmigo!
FABR. ¡Qué quiere usted! Sobre un tercio
de bacalao truchuela
me envió á Madrid mi abuela,
aplicándome al comercio.
Contento yo con mi noble
profesion y mi retiro,
tomé lecciones de giro,
cursé la partida doble,
dejé mi sueldo á interés,
pasé desde el mostrador
á la caja, y tenedor
de libros me ví despues;
y, á fe, cuando vara á vara
media percal ó gro,
no esperaba llegar yo
ni á tenedor ni á cuchara.
Giré luego de mi cuenta,
gané suma sobre suma,
y creció como la espuma
con mi crédito mi renta.
Acierto cuanto calculo,
y hoy compraria á Bilbao
el que adjunto al bacalao
vino terciado en un mulo.
Cinco y dos, siete; y tres, diez;
quito nueve, uno me resta;
toda mi doctrina es esta,
sépalo usted de una vez.
No me ocurre el pensamiento

de tenerme por borrico,
que quien sabe hacerse rico
tiene sobrado talento;
pero en punto al diccionario
de caballero galante,
soy un necio, un ignorante;
no sé ni el abecedario.
No se habla á dama gentil
llevando en el pecho un dardo,
como se maneja un fardo
de cacao Guayaquil.
¡Yo, tan valiente en el banco,
tan temerario en la lonja,
tímido como una monja,
viendo á esa mujer, me atranco;
y diera por su conquista,
sin exigir el recibo,
un millon en efectivo
y otro en letras á la vista!
¿Declararla mi pasion
cara á cara? ¡Oh! No haré tal.
No tengo yo capital
para esa especulacion;
que ante sus ojos divinos
me quedaré mudo, yerto;
ó si hablo, tengo por cierto
que diré mil desatinos.

QUITER. ¡Por vida de San Lupercio!...
¡Banquero y tanto temor!
¿Es otra cosa el amor
que un tratado de comercio?
Ya que es usted tan pobrete
que teme hablar á una dama,
declare al menos su llama
con un billete.

FABR. ¡Un billete!
Fuerza será, pues la adoro...
Mas no sé de qué manera...
¡Billete de amor!... Si fuera

un billete del Tesoro...
Y ello, al fin, es necesario...
¡Oh! Al secretario diré
que lo ponga. ¿Para qué
mantengo yo un secretario?
¡El no es tan corto de genio,
y escribe con un primor!...
Hágame usted el favor
de llamar á don Eugenio.

ESCENA IV

DON FABRICIO

FABR. Yo ignoro esos embolismos
de sol, aurora, Parnaso...
y, en vez de flores, acaso
la escribiria guarismos.
Pero si la viuda hermosa
no es á mi pasion ingrata
y á mi favor se remata
una finca tan preciosa,
yo hallaré entonces camino
de salir de mis casillas,
y sabré hacer maravillas
sin ayuda de vecino.

ESCENA V

DON FABRICIO y DON EUGENIO

EUG. La doncella perdurable
me ha dicho que usted me llama.
FABR. Sí; tenemos que poner
dos letras...
EUG. ¿Para la Habana,
ó para Amsterdam? ¿A plazo,
ó á la vista?
FABR. No se trata

de letras de cambio ahora.
EUG. ¡Ah! ¿Pues de qué?
FABR. De una carta...
EUG. ¿Carta-orden para algun
corresponsal? El de Málaga...
FABR. No es eso.
EUG. Carta de pago...
FABR. No, señor. Si usted se lo habla
todo... Es más arduo el asunto.
La carta es para una dama.
EUG. Entiendo. Es corriente. Alguna
recomendacion...
FABR. ¡Caramba!...
¿Quiere usted callar y oir?
Tanta viveza me mata.
EUG. Diga usted, pues.
FABR. Digo yo
que me han taladrado el alma
los ojos de una mujer.
EUG. ¿Enamorado? ¡Qué lástima!
¡Enamorado un banquero!
Usted va á arruinar su casa.
FABR. Esa no es cuenta de usted.
EUG. Tengo ley á quien me paga.
Es acaso la viudita...
FABR. La misma que viste y calza.
EUG. Entiendo. La compra usted
con la hacienda como carga
de justicia, como censo
redimible...
FABR. ¡Otra bobada!
Ni la Condesa es cupon
negociable, ni en las arcas
de Hamburgo y de Filadelfia
hay oro con que comprarla.
EUG. Segun eso, trata usted
de casarse, y ¡pecho al agua!
FABR. Sí, señor, y en un billete
quiero declarar la llama

que me devora.

EUG. Está bien.
¿Y pedir su mano blanca
en debida forma?

FABR. Es cierto.

EUG. Corriente. ¿Y usted me encarga...?

FABR. Sí, señor.

EUG. Pues voy allá.
Eso se hace en dos plumadas.
(Se sienta y escribe velozmente.)

FABR. (Tiene mucha espedicion
este mozo. ¡Se lo halla
todo hecho! Suele meterse
en camisa de once varas,
y pregunta más que un juez,
y más que un barbero charla;
pero es honrado, leal
y diligente. ¡Oh! Bien gana
sus honorarios —¡Demonio!
Su pluma corre que rabia.
¡Eh! No es maravilla. Tiene
aficion á las muchachas,
y me quiere dar ahora
una prueba de su práctica.)

EUG. (Levantándose.) Ya está. Si usted lo permite,
leeré la minuta.

FABR. Vaya.

EUG. (Leyendo.) «Señora doña Isabel
de Grávalos y Peralta,
condesa viuda del Tilo
y marquesa de la Zarza:
muy señora mia y dueña:
si una firma acreditada
es bastante garantía
para una mano en subasta,
endóseme usted la suya,
y hará merced señalada
á su atento servidor
que besa sus pies.—Cotanza

y Compañía.»

FABR. ¡Qué diablo!
Para escribir de esa traza
no necesitaba yo
de nadie.

EUG. Sigo la pauta
mercantil...

FABR. «¡Y Compañía!»
¿Quiere usted que se comparta
mi tálamo conyugal
entre cuatro camaradas?

EUG. No, señor, pero la fórmula...

FABR. ¡Eh! No hay fórmula que valga.
Yo negocio de mi cuenta
y riesgo, y quiero, en sustancia,
no una carta mercantil,
sino amorosa, incendiaria...
Quiero decir...

EUG. Ya comprendo;
como escribe esa canalla
sentimental que no tiene
libro maestro, ni fábricas,
ni almacenes, ni talegas,
ni... Como los hombres que aman
al prójimo.

FABR. No. A la prójima...

EUG. Pues; á un prójimo con faldas.
Descuide usted, que en un verbo...

FABR. Pondere usted bien mis ansias,
mi fanatismo...

EUG. Es corriente.

FABR. Para que usted no distraiga
su atencion, le dejo solo.

EUG. Bien, bien. Pronto se despacha.

(Entra don Fabricio en la habitacion de la derecha.)

ESCENA VI

DON EUGENIO

EUG. El buen hombre es tan inepto...
No se le ocurre un concepto
para saludar al ídolo
que su pecho cautivó.
¡Oh, cuánta majadería
á su dama escribiria
si con mi ingenio y mi péndola
no le socorriese yo! (Se sienta.)
Ea, manos á la obra,
porque estará con zozobra
hasta que le dé la epístola
para copiarla despues.
(Escribe y habla alternativamente.)
Y la viuda es linda presa,
aunque de segunda mesa.
A mí me altera la máquina
desde la frente á los pies.
¡Ay cielos, con qué delicia,
usando de mi pericia,
lo que escribo para el prójimo
escribiera para mí!
Mas sin fortuna y sin nombre,
¿quién se la disputa á un hombre
que ha ganado haciendo cálculos
las minas del Potosí?
Y no debo serle ingrato,
que me da casa y el plato,
y sin descuentos ni prórogas
mil realitos cada mes.
No me aconsejes, envidia,
que cometa una perfidia,
pues no he de evitar, ¡ay mísero!
que el mundo vaya al revés.
Yo soy un dije, un estuche,

don Fabricio un acebuche,
pero navega sin brújula
quien corteja sin metal.
Si á la Condesa me acerco,
puede que me llame puerco,
y alma de cántaro, y títere,
y ridículo animal.
Pero un galan millonario
que embiste con numerario,
seguro está de esos récipes
cuando declare su amor.
Todas dirán: ¡Qué bendito!
¡Qué gracioso! ¡Qué bonito!
aunque sea más cuadrúpedo
que Nabucodonosor.

ESCENA VII

DON EUGENIO y DON FABRICIO

FABR. Vamos, ¿está ya corriente
la minuta?
EUG. Ahora va el último
piropo.
FABR. No hay que afanarse.
Escriba usted á su gusto.
Yo pasearé. (Paseándose por la sala.)
(¡Qué gozo
será el mio! ¡Ay Dios, qué triunfo
para mí si la Condesa
me corresponde! En el mundo
no habrá mortal más feliz.
(Se levanta don Eugenio sin verle don Fabricio.
No olvidaré mis asuntos,
que entre ellos y mi consorte
dividiré los minutos
de mi existencia...)
(Al dar la vuelta paseando se encuentra cara á cara con don Eugenio.)

EUG. Esto es;
entre Himeneo y Mercurio.
FABR. ¡Ah! ¿Está ya?
EUG. Sí. ¿Leo?
FABR. Sí.
EUG. Pues escuche usted.
FABR. Escucho.
EUG. (Leyendo.) «Bella señora mia: ¿Me atreveré á ofrecer á usted un corazon que la ama con la más ciega idolatría? ¿Será tanta la bondad de usted que excuse la temeridad de mi pretension en gracia de la pureza de mi cariño? Cualquiera que sea su resolucion, no crea usted que presumo deslumbrarla con mis grandes riquezas. Sólo fundo mi esperanza en el sincero y firme propósito de merecer, á fuerza de rendidos obsequios y entrañables adoraciones, que no se arrepienta usted un dia de haber concedido su mano y colmado con ella de felicidad y orgullo á su tierno amante y respetuoso servidor Q. S. P. B.—*Fabricio Cotanza.*»
FABR. ¡Oh qué bien, qué bien escrita!
El que tal minuta puso,
debia estar empleado
en la direccion de estudios. (Toma el papel.)
EUG. ¡Bagatela! Cuatro frases
de rutina. Yo las zurzo
cálamo currente.
FABR. (Leyendo y comentando.) «Bella
señora mia:»—Dos puntos.
¡Bien!—«Me atreveré á ofrecer...»—
¡Soberbio! Se lo pregunto;
es decir, que no me atrevo
á atreverme.
EUG. Es un recurso
oratorio-epistolar.
Por no empezar *ex-abrupto.*
FABR. «En gracia de la pureza
de mi cariño...» ¡Oh, muy puro!

¡Sí, sí; nada de contratas
clandestinas!

EUG. Sin escrúpulo
puede leer una monja...

FABR. «No crea usted que presumo
deslumbrarla con mis grandes
riquezas.»—¡Bien!—«Sólo fundo
mi esperanza en el sincéro...
¿Sincéro, ó síncero?

EUG. El uso
autoriza ambas leyendas,
mas yo no admito el esdrújulo.

FABR. «Que no se arrepienta usted
un dia...» Es usted muy ducho...

EUG. ¡Eh! Yo...

FABR. «De haber concedido
su mano...» Aquí me insinúo...
¿Eh?

EUG. ¡Pché!...

FABR. «Y colmado con ella
de felicidad y orgullo
á su...» etc. ¡Magnífico!
Esto es escribir con pulso
y con... ¿Eh?... Venga un abrazo.
(Le abraza.)

EUG. (¡Qué guapote!) Estoy confuso.
Si eso no vale...

FABR. Desde hoy
señalo á usted treinta duros
al mes...

EUG. ¡Señor don Fabricio!...

FABR. Sobre su sueldo, y le apunto
dos acciones en mi empresa
de conduccion de besugos.

EUG. Señor... Es usted el hombre
más campechano del mundo.

FABR. (Yendo á la mesa.)
Voy, voy á copiar la carta,
volando... Papel de lujo.

EUG. (Dándole papel.)
Tome usted. ¿Dicto?
FABR. No, no.
Yo solo...
EUG. Pues no interrumpo.
(Paseándose.) (Así, teniendo delante
el borrador de mi puño,
cometerá menos faltas
de ortografía.—Ya junto
diez y nueve mil doscientos
reales de sueldo seguro,
saneado, y ¡frioleral
interesado en el lucro
del pescado trashumante,
sin riesgo de mi peculio;
¡partícipe lego!... Es ganga.
Si nos protege Neptuno,
á la vuelta de dos años
hago un fortunon absurdo.)
FABR. «Fabricio Cotanza.»—Polvos.—
(Cierra la carta.)
Oblea.—El sobre, y concluyo.
(Mientras pone el sobre.)
Ahora, señor don Eugenio,
suplico á usted, si no abuso
de su bondad...
EUG. ¡Abusar!
No, por cierto.
FABR. (Levantándose y dándole la carta.)
Que dé curso
al expediente.
EUG. Corriendo.
(Yéndose.) (La comision no es de mucho
lucimiento que digamos,
mas, ¿qué se ha de hacer? Es justo
complacer á un principal
que paga con tanto rumbo.)

ESCENA VIII

DON FABRICIO

FABR. ¡Eh! Ya está echada la suerte.—
Yo no sé... me tiembla el pulso...
Segun estoy de convulso
parezco un reo de muerte.

ESCENA IX

DON FABRICIO y QUITERIA

QUITER. ¿Está escrito ya el mensaje?
FABR. Sí; pero...
QUITER. ¡Qué agitacion!
FABR. Siento aquí, en mi corazon,
una especie de... agiotaje...
¿Cómo saldré de esta feria
que tanto me compromete?
Si protesta mi billete,
soy hombre al agua, Quiteria.
Ya lo lleva el secretario...—
No me llega la camisa
al cuerpo.
QUITER. Muy bien.
FABR. A guisa
de correo extraordinario...
Mas si lo rasga indigesta
con orgulloso desprecio...
QUITER. No tal.
FABR. Y un «váyase el necio
noramala» es su respuesta...
QUITER. ¡Pobre hombre, que ni una letra
sabe de achaques de amor!
¿Pues ignora usted, señor,
que audaces fortuna... *ecetra?*
¡Por ser yo, cuando muchacha,

tan tímida como bella,
soy ahora una doncella
de esta fecha y de esta facha!

FABR. De placer dí yo señales
cuando ví escrita la carta,
y ahora el temor me coarta
los sentidos corporales.

ESCENA X

DON FABRICIO, QUITERIA y DON EUGENIO

EUG. ¡Albricias!
FABR. Tomó...
EUG. Tomó...
FABR. ¿La carta?
EUG. La carta.
FABR. ¿Cómo?
EUG. Con la mano.
FABR. ¡Ba! ¡Qué plomo!
¿Sin ceño?
EUG. Sin ceño.
FABR. ¡Ah!
EUG. ¡Oh!...
Cuando rompió el sobrescrito
se puso como un carmin.
FABR. ¿Pero la leyó?
EUG. Hasta el fin.
FABR. Ya; ¿y si...
QUITER. ¡Calle usted, bendito!
FABR. ¡Ay, alma! No te arregostes
tan pronto...
QUITER. Si es cosa clara...
FABR. ¿Qué cara puso...?
EUG. Una cara...
de Pascua de Pentecostes.
FABR. ¡Oh!... ¿Y qué dijo?
EUG. Diga usted,
dijo con tono propicio,

á mi señor don Fabricio...
FABR. ¿Qué?
QUITER. ¿Qué?
EUG. Qué... ¿Qué se yo qué?
FABR. ¡Cómo!
EUG. Si usted me escuchase...
Su agitacion era tanta,
que fué á hablar, y en la garganta
se le estacionó la frase.
FABR. ¡Pero acabe usted, por Dios!
EUG. Al fin dijo, y yo colijo
que lo dijo con...
FABR. ¿Qué dijo?
EUG. «Ya nos veremos los dos.»
FABR. ¿Con que quiere hablar conmigo?
Esto es ya dar esperanza
á mi afecto...
QUITER. ¡No, que es chanza!
FABR. Y animarme...
QUITER. ¡Vaya!
EUG. ¡Digo!
QUITER. Redoblar conviene ahora
las finezas, los extremos...
EUG. Dice bien.
FABR. Sí, sí. ¿Qué haremos?
Las riquezas de Basora...
EUG. Nada que humille su orgullo.
FABR. Es verdad. Dádivas, no.—
Pues... Discurra usted, que yo
con el placer me aturullo.
EUG. ¿Qué sé yo? Obsequios, loores...
Usted no sabe hacer versos,
y yo los hago perversos...
En el jardin ya no hay flores...
FABR. Quién pudiera, hermosa dama,
trasportar aquí el teatro
del Príncipe y otros cuatro,
y el Circo, y el Diorama;
y á la Grisi y á Rubini,

y á Lablache y Tamburini,
y á Donizzetti y Bellini,
y á Mercadante y Rossini!

QUITER. Sí; la música... Delira
por la música; es su encanto,
y siempre está con el canto:
tararira, tararira.

FABR. Tambien á mí me arrebata
la música... ¡Oh, qué oportuna
idea! Tendremos una
especie de serenata.

EUG. ¡Cómo...!

FABR. Alguna cantinela...
¿Eh? No da más el país.
Un desierto no es París.
¿Eh?... ¿Trajo usted la vihuela?

EUG. Sí, pero...

FABR. Nada; no admito
reflexiones. El jardin
está convidando... En fin...

QUITER. ¡Que viene!

FABR. (A don Eugenio.) Vámonos.
(A Quiteria.) ¡Chito!
(Vánse, cerrando la puerta del foro.)

ESCENA XI

QUITERIA y LA CONDESA

QUITER. (Trae la cartita en la mano.)

COND. Quiteria, somos felices.
Se ha explicado don Fabricio.

QUITER. ¿Cómo?...

COND. En un billete humilde,
me declara respetuoso
el amor que le desvive,
y con tal delicadeza,
con tal discrecion me pide

la mano, que es menester
tener entrañas de tigre
para darle calabázas.
Vamos; parece imposible
que tan primoroso escriba
un hombre que apenas dice:
«buenos dias...»

QUITER. Con usted
enmudece y se reprime,
porque es muy modesto, y teme
soltar algun *lasus linguæ*;
mas ahora, hablando conmigo...
de usted, se entiende, esa efigie
no se aparta un solo instante
de su corazon sensible,
me decía... maravillas!

COND. ¡Qué escucho! Y parece un simple...
(Oyese un preludio de guitarra.)
¡Calle! Tocan la guitarra
allá... ¡Y usted se sonrie!
Será cosa...
(Abre la puerta del foro, y aparece entre los árboles don Eugenio con la guitarra.)

QUITER. (Con misterio.) ¡Chis!... Oigamos.
(¿Quién de los dos será el cisne?)

COND. Como el jardin está oscuro
el bulto no se distingue.

EUG. (Cantando.) «¡Ay, que en tus ojos me quemo
»como incauta mariposa!
»¡Ay, no seas tan hermosa,
»ó ten de mí compasion!
»¡Ay, de mi amor no te ofendas,
»aunque lo declare en vano,
»y no exijas de un cristiano
»que muera sin confesion!»

COND. ¡Divinamente! ¡Qué voz!
¡Qué buen estilo!

QUITER. ¡Sublime!
(Desaparece don Eugenio.)

COND. ¿Será él?
QUITER. ¿Quién ha de ser?
Sé yo que es famoso tiple.
COND. ¡Eh! Si es tenor...
QUITER. Con efecto;
tenor. Eso es lo que quise
decir yo.
COND. Y usted, ¿de dónde
sabe...?
QUITER. Contándome chismes
me lo ha dicho su criado.
COND. No tuve el gusto de oirle
hasta ahora. ¡Filarmónico!
Eso basta á decidirme...
QUITER. ¿Qué hace usted que no contesta
á su carta?
COND. Así lo exige
la cortesía...
QUITER. El amor.
Déjese usted de perfiles.
COND. Mas prefiero contestarle
verbalmente.
QUITER. ¿Quién lo impide?
COND. Creo, además, que ya es hora
de que ese galan se explique
de viva voz, que si aspira
á mi mano y la consigue,
no es cosa de establecer
correos que comuniquen
las caricias del marido
á su dulce esposa, y vice
versa, como si estuvieran
uno en Londres y otra en Chile.
QUITER. Ea, pues, voy á llamarle,
y si usted me lo permite,
le diré que usted desea...
COND. Que cuanto antes se termine
el asunto...
QUITER. ¿De la boda?

COND. De la quinta.
QUITER. (¡Qué melindres!)
(Va al jardin, aparece don Fabricio y hablan aparte.)

ESCENA XII

LA CONDESA

COND. Veremos si se enmienda,
y, mientras nada arriesgo
hablando de la hacienda,
sabe dar otro sesgo
á la conversacion;
mas si su lengua ahora,
desairando á su pluma,
no dice que me adora,
yo no sé qué presuma
de ese santo varon.
(Vuelve Quiteria con don Fabricio, y se retira por la puerta de la izquierda.)

ESCENA XIII

LA CONDESA y DON FABRICIO

FABR. (Turbado.) Me han dicho que usted...
que usted me hacia el honor
de llamarme...
COND. (Está cortado.)
Sí; hora es ya de que los dos
nos arreglemos...
FABR. ¡Ah! sí;
eso... A eso venia yo.
COND. Si le gusta á usted la hacienda...
FABR. ¡Oh! la hacienda es de mi flor,
pero la dueña... Esa sí
que vale más que el Mogol,
y más que Méjico, y más
que mi fábrica de Alcoy.

COND. (Ya se va explicando, pero
en estilo tan ramplon...)
Mil gracias por la lisonja.
FABR. ¿Lisonja? La luz del sol
me falte, y váyase á pique
mi corbeta de vapor,
y no haya este año merluza,
y quiebre el Banco español
si no es usted para mí
objeto de devocion,
como el Angel de la Guarda
ó la Vírgen de la O.
COND. ¡Jesus, tanta idolatría!...
Eso es ofender á Dios.
FABR. Cada cual ama á su modo,
señora, y si usted leyó
mi carta...
COND. Sí. Es muy discreta.
FABR. Usted me hace mucho honor,
que yo... Pero, en fin, escrito
va en ella mi corazon,
y será usted una ingrata
si sepulta tanto amor
y tanta fe en la insondable
caja de amortizacion.
COND. (¡Qué mercantil está el hombre!
Si me caso con él, ¡oh!
me negocia el mejor dia
en una cotizacion
de la Bolsa.)
FABR. ¡Calla usted!
¡Eso es decir que no!
COND. Esto es... callar.
FABR. Y negarse
á toda negociacion...
COND. (¿No digo?... Pero tal vez
la cortedad, el temor,
le hacen desvariar.)
FABR. Entiendo.

Perdí la prima, y me voy.
COND. ¡Pero... escuche usted! Qué prima
hay aquí, ni qué bordon...
FABR. ¡Ah Condesa!...
COND. Me parece
que no soy yo tan feroz...
FABR. ¡Qué escucho! ¿Podré esperar?...
COND. Tal vez... Cuando no me doy
por ofendida... ¡Qué linda
y qué nueva es la cancion
con que usted me ha festejado!
FABR. Señora, yo...
COND. Y como soy
tan amante de la música...
FABR. (¡Oh, quién fuera ruiseñor!)
COND. Tiene usted muy buena escuela.
FABR. Señora...
COND. Y bonita voz.
FABR. (¡Ay, triste, si la desmiento!)
COND. Y la cuerda de tenor
es tan grata...
FABR. Sí, señora.
COND. ¿Llega usted al *sí* bemol?
FABR. Si... Creo que sí... (Ya brota
de mis poros un sudor
de tres bemoles.)
COND. Tambien
es muy grande mi aficion
al canto, y tengo aquí piezas
con que podemos los dos
lucirnos.
FABR. (¡Ay, Virgen Santa,
si canto como un moscon!)
COND. (Tomando un papel de música.)
Vamos á ensayar ahora
este duetto.
FABR. (¡Qué horror!
Señora, yo... francamente,
no entiendo el remifasol.

Canto... de oido.

COND. *¿Orechiante?*
Lástima...

FABR. ¡Sí; es un dolor.

COND. Aprenda usted con Saldoni
el solfeo.

FABR. En eso estoy.

COND. Pero, al menos es preciso
que otra vez oiga yo el son
de la vihuela...

FABR. (¡Qué apuro!)

COND. Aquella letra de amor.

FABR. ¡Imposible! Estoy muy ronco...
Tengo un constipado atroz...

COND. ¿Ya se hace usted de rogar?

FABR. ¡Ah!

COND. Los cantantes de pro...

FABR. ¡Condesa!... (Malo si canto;
y si no canto, peor.)
Quisiera cantar, señora,
aunque arrojase el pulmon,
mas... (¡Quién me manda á mí
echarla de profesor!)

COND. ¡No quiere usted complacerme!

FABR. Yo, sí...

COND. ¿Es esta la pasion
que usted me juraba...?

FABR. ¡Y qué! ¿Sólo
se funda en el mi-re-do
el cariño de un amante?
¡Pídame usted, voto á briós,
mis batanes, mi dinero,
mi sangre...!

(Aparece otra vez don Eugenio preludiando en la guitarra.)

COND. ¡Qué oigo!

FABR. (Consternado.) ¡Perdon!

COND. ¡Eh! Calle usted; no respire...
Toca con mucho primor.

FABR. (¡Ah maldito secretario!
¡Cielos! Para cuándo son
los panadizos, la sarna...
(Tose don Eugenio.)
¡Y va á cantar! Sí; esa tos
preparatoria...) Piedad,
piedad, señora...

COND. ¡Chiton!

EUG. (Cantando.) «Ay, que en tus ojos me quemo, etc.»

FABR. (De rodillas.) ¡Oh!... Máteme usted, señora.
Hágame usted el favor...

COND. (Riéndose.) ¡Eh! Alce usted...

FABR. Soy un falsario,
un embustero, un ladron.

COND. ¡Oh!... ¿Quiere usted levantarse
con mil santos... ó me voy...?
(Se levanta don Fabricio.)
¡Quiteria!

FABR. Mi secretario
es quien hace la funcion.
(Llega Quiteria.)

COND. Llame usted á don Eugenio.
(Entra Quiteria en el jardin y vuelve al momento con don Eugenio.)
¡Es donoso el *quid pro quó!*

ESCENA ULTIMA

LA CONDESA, DON FABRICIO, QUITERIA y DON EUGENIO

FABR. (A don Eugenio, saliéndole al encuentro.)
Suelte usted ese guitarro
que me da tanto pesar.
¿Quién le manda á usted cantar...
cuando yo tengo catarro?

EUG. (Dejando la guitarra sobre una silla.)
Yo creí... Usted no me dijo...

FABR. Su voz de usted era mia,
y ha sido una tontería...

QUITER. (¡Se nos aguó el regocijo!)
FABR. ¿Tan molesto es el descanso?
COND. (Riéndose.) ¿Luego él ha cantado ahora,
y antes... usted?
FABR. Sí, señora;
canté... por boca de ganso.
EUG. Mil gracias por la atencion.
COND. (No puedo tener la risa.)
FABR. En fin, él dijo la misa,
mas fué mia la intencion.
QUITER. (¡Pobre hombre!)
FABR. Y mas que me parta
un rayo, quiero decirlo
todo. Tambien ese mirlo
es el autor de la carta.
COND. ¿De veras? ¡El la dictó!
FABR. Cabal. Y yo la escribí.
COND. ¡Qué crueldad! ¡Dos contra mí!
FABR. Pues; mi secretario y yo.
EUG. Servidor.
FABR. Sin grande esfuerzo
manejo inmensos valores,
mas para escribir amores
soy un solemne mastuerzo.
La amo á usted, y la amaré,
eso sí, y por esa cara
sin pellejo me quedára
como San Bartolomé.—
Pero usted ¡ah! sólo piensa
en mofarse...
OND. No, señor;
al contrario. Tanto amor
es digno de recompensa.
ABR. ¡Ah, hermosa!
OND. Y pues ya reputo
infundado mi desden,
razon es que yo tambien
le ame á usted... por sustituto.
ABR. ¡Eh! ¿Cómo?... ¿Qué formulario

es ese? No entiendo yo...
COND. ¿Usted no me enamoró
por medio del secretario?
Pues á quien así me quiso
pago yo... con mi doncella.
FABR. ¡Eh!
COND. Cásese usted con ella
y salgo del compromiso.
FABR. ¡Señora!
QUITER. ¡Pluguiera á Dios,
y en tan dulce compañía,
qué pronto me aliviaria
del histérico y la tos!
FABR. No reina en mi corazon
Quiteria, sino Isabel,
y eso es pagar con papel
que no está en circulacion.
Para obrar de buena fe
y no quedar insolvente,
manda el código vigente
que pague usté... con usté.
COND. Bien, yo pagaré...
FABR. Y con harta
justicia...
COND. De tanto amor,
¿qué pruebas tengo en rigor?
Una cancion y una carta.
Este secretario fiel
es quien escribió y cantó.
FABR. Sin duda; mas...
COND. Luego yo
debo casarme con él.
EUG. (¡Oh dicha!)
FABR. ¡Es una culebra
esta mujer!
COND. Pero...
FABR. ¡Ingrata!
COND. Si de justicia se trata...
FABR. ¡Basta! Me declaro en quiebra. (Se sienta abatido

EUG. (En voz baja á la Condesa.)
¡Ah, Condesa celestial!...
Crea usted que yo, alma mia,
á mi amor obedecia
mejor que á mi principal.
QUITER. (¡Buena está la contradanza!)
FABR. (Levantándose.) Me aburro, me desespero...
¡Usted me ha burlado! Pero...
yo sabré tomar venganza.
COND. ¿Cómo?
FABR. (Ahora entran los temblores.)
Si yo no compro esta hacienda,
es forzoso que se venda
para pago de acreedores.
Yo daba una cantidad
enorme; ¡medio millon!
pero vendida á pregon
no produce la mitad;
y habrá que dar para guantes,
sobre perder muchos miles,
entre jueces y alguaciles
y músicos y danzantes.
Ahora bien, dueño hechicero;
la finca no es para mí.
COND. ¡Qué oigo!
FABR. Ni un maravedí
doy por ella; no la quiero.
COND. ¡Porque no es usted mi esposo
quiere hacerme ese perjuicio!
Yo creia, don Fabricio,
que era usted más generoso.
FABR. Pero, olvidando desvíos
que mi corazon devora,
yo pagaré; yo, señora,
á esa turba de judíos.
COND. ¡Es posible! Usted...
FABR. No es chanza.
Y doy mi oro sin descuento.
Nada de tanto por ciento,

ni recibo, ni fianza.
COND. ¡Don Fabricio!...
FABR. Cuanto tengo
es de usted.
COND. Y mi desden...
FABR. Esto hace un hombre de bien.
Así es como yo me vengo.
COND. (Aparte con don Eugenio.)
¡Ah, qué hombre!...
EUG. ¡Un estrafalario!
FABR. Pida usted; verá cuán presto
la sirvo, que para esto
no he menester secretario.
Si allá, en dias más serenos,
puede usted pagar, me paga;
si no, buen provecho le haga.
El dinero es lo de menos.
COND. Yo no gasto tanta calma,
don Fabricio. O nada tomo,
ó pago ahora mismo.
FABR. ¿Cómo?
COND. Con mi mano... (Se la da.)
Y con mi alma. (Lo abraza.)
FABR. ¡Oh ventura!
EUG. (A Quiteria.) ¡Me lucí!
QUITER. Hagamos un matrimonio
los dos...
EUG. ¡Eh! Vaya al demonio
la bruja... (¡Necio de mí!)
FABR. ¡Qué dicha! No me desprecia
el ángel que adoro...
COND. ¡Ah! No.
¡Despreciar!... Seria yo
tan ingrata como necia.
FABR. Todos los afanes mios
serán colmarte de amores...
aunque no escriba primores
ni cante duos y tríos.
COND. Eso no importa...

EUG. Cachaza;
que, si fuere necesario,
aquí estoy yo; el secretario...
FABR. ¡No! He suprimido la plaza.
EUG. ¡Me abandona usted!
FABR. No tal.
EUG. ¿Pues si me quedo cesante?...
FABR. Será usted en adelante
mi socio... corresponsal.
QUITER. Sí; aquí no queremos arias.
FABR. He resuelto, á fe de conde,
que usted se coloque...
EUG. ¿Dónde?
FABR. Cerquita de aquí: en Canarias.
(Al público.) Y la comedia acabó,
y un aplauso, si gustó,
pedimos en comandita
la doncella y la viudita
y mi secretario y yo.

FIN DE LA COMEDIA